

SOLO QUERÍA BAILAR

greta garcía

A Dettan y Pichu

1. Suplé

Tener el poder de leer el pensamiento es agotador. Yo no lo tengo, pero con solo imaginar que alguien oye lo que a mí me retumba me canso. Me consume mi propio sistema. La mentalista que se tope conmigo muere. Escucha un microsegundo de to esta paranoia cansina y cortocircuita, capatam, al hoyo, por listilla, por ir leyendo la mente de las demás. Manolete pa qué te mete. Está claro que sufro de palabrerío grave y severo y sin remedio alguno. Tengo reúma mental. Mi dolencia es como la de la peña que tiene un pitío en el oído que no se va, que tienen a un bichito cabrón metío en la oreja que hace piiiiiiiiiiiiiiiiiii. Quizá lo del pitío es peor. Mierda, ¿y si ahora por pensarlo lo tengo yo también pa siempre? Mierda mierda mierda, desde luego, qué fatiguita esta de tener la palabra mierda en mayúsculas como un turbante en los sesos. Si me rajaran el cráneo con un serrucho e hicieran el corte perfecto sobre mis ojos

y orejas pa destaparme la chota, se comerían de lleno un letrero de puticlú mal iluminao en el que pone: mierda ano tonta hostia su puta madre y mongola. Que eso no está bien decir mongola porque hay gente de Mongolia y que no está bien decir que los mongolos son mongolos, pero es que lo que tú eres es una peazo mongola y una peazo mierda gorda. Ojalá fueran otras las palabras que completaran mi semántica, pero eso no se puede controlar, igual que el hecho de haber nació. Me parieron y aquí estoy, con un cepillo dientes metío en el sieso, intentando no pensar. El que dijo pienso luego existo es un cabeza brótola, como dice la Amparo. Como Bartolo, que siempre me daba la chapa con que la idea de pensar es mentira, que no pensamos, que las voces que oímos no existen, que esa voz del yo, el yo, ese susurro pesao, no es más que una bola de recuerdos que el cerebro almacena como un disco duro y que por su cuenta remezcla como un diyei encocao en una rave infinita. El Bartolo es otro cabeza brótola, o peor todavía, un cabeza níspora, un cebolla, un tonto polla. Yo tengo el cerebelo que me va a estallar de palabras de mierda y no me queda otra opción que seguirles el rollito si no quiero que me dé el tic del ojo. Si la doctora fuese un poquito bruja y tuviese el poder de leer lo que esconde mi chope sin morirse de la sobredosis palabrística, ahora mismito, en este instante, se toparía con un palo por el culo guarra asquerosa cochina marrana mojino mojino clavame un pino. Desde luego, haría un pacto con el diablo por tener más repertorio, pero es que palo por el culo joé mierda salen sin querer. Y eso que me da tela de miedo, una estaca madera bien gorda que te va dejando

astillas por el camino. No sé si es peor eso o una vara metal ardiendo o una cucaracha o un montón de cucarachas, esas se meten en cualquier sitio y les encanta la mierda, entran felices como quien se baña en la playa en agosto, las ratas también. Una rata en un ojete. Realmente hay muchas opciones de cosas que meter en un culo. Un pie, una barbi, un fajo billetes, to vale. Lo típico de una amiga que conoce a una enfermera que le ha contado de un tío que ha llegado con el mando la tele en el ano y no se lo puede sacar y se justifica diciendo que se ha sentao encima y se le ha metío sin querer. Oí en una entrevista a una madre hablando de su hijo, ella le vio los pantalones manchaos de sangre, le preguntó qué había pasao y el niño le dijo: Es que me sentao encima de una bici sin sillín, y ella le dijo: ¿Pero tú eres tonto o qué te pasa? Y le dio un guantazo, pero al niño de seis años lo había violao un cura. Yo solo me metío un cepillo dientes, na que ver con un cura, y el cepillo es de plástico y fino, mu fino, más fino que un deo. Pero me lo he metío demasiao y mi recto ha hecho el vacío como si fuera un paquete salchichas y no he podío sacarlo, no ha podío ni la Manuela, y he tenío que gritar socorro socorro y la Topo bizca pestosa me ha traío hasta la consulta y me duele un poco y la doctora Pina me está mirando y me encanta que me mire pero a la vez estoy un poco incómoda porque me duele y me estoy empezando a agobiar. Bastante.

La doctora levanta las cejas, espera mi sentencia:

—Me metío un sepillo diente por el culo y ara no me lo puedo sacá.

—¿Que te has metido un cepillo de dientes por el culo?

—Hí.

—Joder.

No me juzgues, doctora, dime tú qué hay mejor que hacer que meterse cosas por el culo en una habitación de la que no puedes salir. Yo creo que tú también lo harías, lo podríamos hacer juntas, yo a ti y tú a mí, varias veces, las que quieras. Está la opción de pegarse cabezazos contra la pared o arrancarse pelo o levantarse la piel mu despacito, pero eso no siempre apetece. Lo del cepillo era pa darme gustirrinín, un poco de gustirrinín.

—Ya, soy tonta.

—No digas eso.

—¿Entonse, qué soy?

—Una imprudente.

—Vale, pueh eso, soy una imprudente.

—A ver, bájate los pantalones y reclínate.

Pordió, ¿hace cuánto que nadie me pide eso? Bueno, cómo exagero, a veces nos lo piden, no, exigen, obligan, pa examinar si tenemos droga o quién sabe, un mensaje encriptao o una bomba mu pequeñita. Pero así, en este tono... Cómo dependen las palabras de un buen tono. El de la doctora Pina es un zumo melocotón frío en verano. Avenmaríapurísima, mi clítoris ha pegao un calambrazo. ¿Y si recorre con su deo mi columna vertebral? Otro calambre. Mierda. Seguro que se está dando cuenta. A lo mejor ella quiere, a lo mejor esto le pone. Yo, así, con las bragas bajás, con pose de galgo, con un cepillo asomando por el culo como una coquina: esto es la fantasía de más de una persona. Y tengo un buen pandero, está lleno granos pero es un

buen mojino, una nalga mía no cabe bien en una mano. Y no está blando. Por fuera sí, una capa que cubre el músculo sí. Pero lo de dentro, lo que es el músculo músculo, eso está duro. Eso es gustoso, me lo han dicho siempre. Siempre me han dicho: ¡Qué buen culo tieneh, Pili! Es lo único que me han podío piropear, no hay más cacho bueno en mí. Culo. Fin. Punto pelota. Está mu blanco, eso sí, da lástima de paliducho que está. Pero tengo una mancha nacimiento en forma murciélago que le da vidilla. ¿Y ella? ¿Tendrá granos como yo? Quizá tiene el culo lleno pelos. Con la bata es que no se ve na, por eso llevarán bata los médicos, pa esconder las curvas, como las monjas, como los magos, como Kin África. Pero tengo buen ojo pa los culos, intuyo que lo tiene tipo pera. Esos culos son mu agradables, relajaos, como una sonrisa después de follar. Como ella. Doctora, si me tocas donde me tienes que tocar, me corro entera. Venga, Pina, ¡vacíame como lah hibiah! No. No me puedo correr aquí. Ahora no. No no no joé coño sus muertos ya.

—Tienes que relajar el recto, Pili, estás muy tensa, respira, esto va a salir sin problema.

Me ha llamao Pili. Esto se está poniendo personal. Y se ha puesto guantes de látex y un kilo lubricante. Mae mía, esas manos entran donde quieren. Si me leyera el pensamiento. Si supiera. No. No quiero. Ahora mismo no quiero que me lea, se va a creer que además de cepillarme los dientes de un modo raro soy una depravá. Aunque no sé qué tiene de malo reconocerlo, soy guarra, estoy cachonda, ¿y qué pasa? ¿Se dará cuenta de que me chorrea el perineo?

Perineo, me encanta la palabra y me encanta el sitio. Se me quedó grabá cuando me diagnosticaron el papiloma viru y la cándida y algo más que ya no me acuerdo, que me dio to junto. Es vergonzoso que hasta que no me lo dijo el ginecólogo yo no me había mirao el perineo con un espejo, ni me sabía la palabra. ¡Y el perineo lo es todo! Sin perineo se cae to pa abajo. Una encoge el perineo y ya se mete el bajo vientre y tiene bien colocáita la pelvis, y con la pelvis en su sitio y el coxis pa dentro se abre el diafragma y ya está una perfectamente colocá pa bailar fregar pasear comer o simplemente esperar a que pase algo. Pero qué vergüenza más horrorosa, que con lo flexible que soy podría haberlo analiza en cualquier momento. Yo, tan cristiana apostólica románica mongólica, ¿cómo me iba a mirar mi propio coño? Otros sí, pero ¿yo? ¿Cómo iba a hacer yo eso? Fatá. Es mu triste que hasta los dieciséis el perineo no tenía cara pa mí. La mierda de estas cosas es que te las puede pegar una persona y que no te salga el regalito hasta que te dé la bajona y ya no sabes quién te lo ha pegao y no le puedes dar las gracias, es un amigo invisible. Así, cuando tus defensas se van de vacaciones, el perineo dice: ¿Qué pasa, tía? Yo tenía verrugas y hongos con aspecto coral, presioso, remataban hasta mis labios interiores y exteriores con nuevos volúmenes y texturas que me tenían horas fasciná con el espejo en mano, mi coño era una puerta a otra dimensión. Aunque me alegré de no tener tantos picores me dio pena aniquilar mi nuevo adorno. Es injusto acabar con la vida de unos pocos hongos y virus cuando dejamos que sus hermanas bacterias correen por nuestro cuerpo en libertá. A veces me visualizo así,

como una bacteria enorme que simplemente ocupa espacio, como una ameba pesá que no aporta absolutamente nada. Cuando una asume lo que es, que no es más que una masa de microorganismos, pierde la noción de responsabilidad, de culpa, y le entra la risa floja. Antes puede ser que se deprima, como cuando el ginecólogo asomó entre mis piernas y apoyando su mano fría en mi rodilla afilá me dijo: Tieneh papiloma viruh. El hijo puta me pilló totalmente desprevenía. El ginecólogo y mi coño tienen el mismo pelo marrón rizaíto, y cuando asomaba entre mis piernas me imaginaba que a mi coño le salía una cara como la suya en chiquitito y que conversaban como dos perros de agua:

—Wuf wuf.

—Wuuff.

—Wuf wuf wuf wuf.

—¡Wuf!

—Grrr.

—Auauauuuuu.

Iba al Perro ginecólogo porque era al que iba mi madre, porque el anterior cogió sus bragas, las ondeó como una bandera y cantó: ¡Que viva Ehpaña! Y mi madre es patriótica pero no tanto, y por eso se decantó por un ginecólogo que ladra bajito. Yo fui a enseñarle mi coral y él me dijo que aquello podría haberse extendío y que si tenía verrugas en el cuello del útero podría ser jodío. Me preguntó cosas como a una niña pequeña y yo le contesté como una niña pequeña. Al salir me ofreció un caramelo y yo le cogí dos.

—Ya está. A la basura.

La papelera metálica chilla cuando presiona el pedal.

—¿Cómo? ¿Ya ehtá? ¿Así de fasi? ¿Ehtáh segura que no sabrá quedao dentro un troso? ¿Er cabesá o argo?

Está bonito conversar así, con el culo abierto.

—No, está enterito. Ala, toma, límpiate con esto y prométeme que no te meterás más cosas por el recto.

—Lo prometo.

Se lo digo con una sonrisa. Acaba de hacerme un favor y me ha encantao, se ha ganao la mentirijilla. Ella me devuelve el gesto. Doctora, ¿estamos hablando el mismo lenguaje? Me has visto el alma y pareces contenta. Y me has echao un abuso lubricante. ¿Tá gustao? ¿Te va el rollito gel? Mae mía, es alienígena la baba en el papel. La papelera chilla de nuevo.

—Pobresita, ehtá jarta.

—¿Cómo? ¿De quién hablas?

—La papelera, que ehtá fatá. Cucha.

Vuelvo a pisar.

—Se quiere i de aquí, suplica vacasioneh.

Se ríe. Me gusta que se ría, me encanta, tiene una risa que es gloria bendita. No como la mía, aunque yo hace ya mucho que no me río por na, por gracioso que sea. Pero yo antes, cuando me reía, me reía pa dentro y me ahogaba, era una risa de burra suicida. Nunca he disfrutao eso de los ataques de risa porque me daba miedo morirme así. Por eso detesto que me hagan cosquillas. Una cosquilla, una coz. Pero esta risa, la de la doctora, con esas aes, echando la cabeza pa trás, esta no mata. Me encantaría hacerla reír un poco más, cuando empiezo me cuesta parar, pero la aburría de Topo ya me ha agarrao del brazo pa llevarme hasta mi celda mi casa mi habita mi keli mi cueva mi campo batalla.